



LA FE EN DIOS

A una legua de la villa de Navalcarnero, provincia de Madrid, se encuentra una sencilla aldea, nombrada *Sevilla la Nueva*. Desde aquí se descubre un extenso horizonte, limitado por azuladas montañas, que, como vaporosas nubes, se dibujan en el lejano cielo. Se divisan graciosas colinas, campos de labor, apiñados montes, y en lontananza y en circunferencia se ven los pueblos del Escorial, Brunete, Alcorcon, Villaviciosa, Móstoles y Navalcarnero.

Lo que vamos á referir ocurrió en la recolección de granos.

La aldea estaba cercada de *eras*, donde trillaban alegremente el labrador y su hacendosa compañera, niños y niñas, alegres jóvenes y encorvados ancianos. Sus últimos rayos despedía el sol, el calor cesaba, y el aire fresco y oloroso del monte hacía la hora más apacible. Dando término á las faenas, todos se ponen á comer formando varios círculos, bendiciendo ántes la comida, y brindando con algun trago de vino.

¡Qué feliz es esta pobre gente en su trabajo, que Dios con liberal mano recompensa!

Entra la noche: todos juegan sobre la blanda paja de las *eras*, y la luna, en un cielo muy despejado, aparece iluminando con su luz de plata tan agradable cuadro.

Unos niños en una *era* cercaban á un anciano, en cuyo rostro, curtido y rugoso por la intemperie y por los años, rebotaba la bondad.

—Hermano Celedonio, le decían: ¿es verdad que ha cobrado la vista Pascualito?

—Sí, hijos míos, así es.

—¿Y quién le ha curado?

—Dios.

—¿Pues cómo? ¿Con qué medicinas?

—Con sólo el amor que Pascualito le profesa...

—¿Quiere V. explicarnos eso?

—Sí, amiguitos, con mucho contento. Esto contribuirá á que aumenteis vuestro amor á quien debeis la vida, el aire, el agua, el alimento y

un alma para que poseais un dia su gloria inmortal.

—Si somos buenos.

—Bien dice Martinez de la Rosa:

«Pon en Dios tu confianza,
que á todo su diestra alcanza.»

—Oidme sin distraeros.

—Con toda atencion oiremos á usted.

—Hace dos años que iba Pascualito al monte á dar de comer á una hermosa cabra...

—¿Cómo se llamaba la cabra?

—Nunca se pregunta, Juanito, sino lo que es útil averiguar, y eso en ocasion oportuna. ¿Qué te importa el nombre de la cabra? Pónle tú el que quieras.

—Pues la llamaré *Trepadora*, y no interrumpiré á V. más.

—Sigo. Al pasar por una gran charca que hay á la salida de la aldea, ve que un niño, como de tres años, que se habia aproximado á ella, cae. Su buen corazon se conmueve, y Pascual dá un grito y se arroja al agua, que estaba muy fria, pues era en el invierno, y luchando con el niño y doblando sus fuerzas, le sacó del agua, evitándole la muerte. La alegría de haber salvado al niño le hizo no advertir que tiritaba de frio, en cuyo estado, y seguido de su cabra que le lamia la mano como para felicitarle por su cristiana accion, fué á dar cuenta á su amado padre de lo que le habia ocurrido. Pascualito cayó á poco en cama con una fuerte calentura. Se llamó al médico, que emprendió su cura sin resultado alguno favorable. El muchacho iba cada día peor, y como sus padres le querian tanto por ser el único hijo que tenian, por ser muy aplicado, obediente y virtuoso, y á la

vez tenian alguna hacienda que les permitia vivir con holgura, llamaron á varios médicos, no consiguiéndose al fin más sino que Pascualito se quedara sin vista, con los ojos tan claros y tan hermosos como cuando veia. Los padres le llevaron á Madrid, y segun opinion de los más célebres facultativos, oyeron con el corazon desgarrado por la pena que no recobraría jamás la vista, pues se le habian retirado los humores del ojo, el flúido acuoso, y no habia medio de volverlos á conseguir. El padre no hablaba, ahogado por el dolor, mientras que la desolada madre abrazada al cuello de su querido hijo, decia con acento que conmovia el alma:

—Hijo de mis entrañas, ya no verás más á tus amados padres, ya no verás más el cielo, el sol, las estrellas ni los floridos campos. ¡Ay! ya vivirás entre sombras, en continua noche. ¡Ojalá yo me hubiera quedado ciega! ya no hay remedio...

Pascualito la interrumpió exclamando:

—Sí habrá remedio, madre mia. ¿Hay para Dios nada imposible? Yo quiero mucho á Dios, yo le rogaré que me dé la vista. ¡Es tan misericordioso!

Así habian trascurrido dos años, no pudiendo andar Pascualito si no le guiaban, y quien le guiaba, las más veces, era su cabrita.

—Por eso dice Martinez de la Rosa:

«Quien maltrata á un animal
no tiene buen natural.»

—Dejad que prosiga el hermano Celedonio.

—Tened juicio, niños.

—Pues como iba diciendo, ciego completamente Pascualito, no podia sin

guia, dar un paso, cuando hace tres dias, la víspera de nuestro Santo Patrono, que tanto celebramos, que le echaron de ménos sus padres en la hora de comer. Llenos de ansiedad y amargura le buscaban, temiendo no hubiese dado alguna caida, cuando lo encuentran debajo de una encina, hincado de rodillas, con un crucifijo en las manos, á quien hablaba en estos términos: «Señor, mañana es dia de nuestro Santo Patrono, y todos los niños, mis compañeritos, irán á la pradera vestidos muy guapos, y comerán sus merendillas, y correrán al que llegue primero á la bandera, y yo, ciegucecito, no los veré. Jesus de mi alma, tú que decias á los niños: «Acercáos á mí», tú que con sólo tu santa palabra dabas vista á los ciegos, curabas los tullidos y resucitabas los muertos; tú, que deramaste tu preciosa sangre por amor á nosotros; ¡ten compasion de mí, Señor!... ¡ten misericordia de mí!... Yo te quiero mucho, yo te bendigo... haz que vea, Jesus mio... ¡por caridad!... y estrechaba contra su seno el Crucifijo, y le inundaba de besos.

Tal era su pena y su amor á Jesus, que dándole besos, echó á llorar (¡Dos años que no habian podido verter una lágrima sus secos ojos!) y al correr el llanto por sus mejillas; grita loco de placer: ¡ya veo!... ya veo!... Lo primero que veo es á ti, Jesus de mi vida, á ti que me vuelves la vista... ¡bendito seas!... ¡bendito! y le besaba y saltaba de acá para allá.

En este instante abrazáronle sus padres, diciéndole: ¡hijo mio!... ¡hijo de nuestra alma! ¿es cierto que ves?

—Sí, sí, queridos padres, ¿no os decia yo que Jesus me curaria?

Los padres con el hijo se arrodillan ante la imágen de Jesuscito, y una alondra se remonta sobre su cabeza como para llevar al cielo los acentos de gratitud de aquella buena familia.

—Y yo tambien bendigo al Señor.

—Y yo...

—Y yo...

—¡Qué milagro!...

—No hay aquí ningun milagro, hijos míos. La honda pena y la mucha confianza con que Pascualito rogó al Señor, hicieron sentir tanto á su puro corazon que agolparon el humor vítreo á sus ojos, y al llorar, dió la señal de que veia. Este es el milagro, amiguitos míos: *la fe en Dios y en la Santísima Virgen María*, con que se mitigan nuestros pesares, se calman nuestros dolores, tenemos resignacion en los trabajos y logramos salud en el cuerpo y en el alma.

Siempre tendremos esa confianza, siempre acudiremos á Dios en nuestras penas y alegrías, porque está con sus obras en todas partes, todo lo ve y lo sabe, y en todas partes está su misericordia.

—¡Viva la fe en Dios!

—¡Viva Pascualito!

—¡Viva el hermano Celedonio que tan provechosos consejos nos dá, y nos cuenta cosas tan buenas!

GABRIEL FERNANDEZ.





DON JUAN RUIZ DE ALARCON

Este peregrino ingenio fué natural de Méjico. Muy jóven vino á nuestra Península, donde su gran talento le valió ocupar preferente lugar entre las personas doctas. Era poco gallarda su figura, y esto le valió que gentecilla aviesa y envidiosa le zahiriese sin piedad en coplas y romances, amargando mucho la vida del ilustre poeta, que tenía la debilidad de preocuparse de semejantes ruindades. Acaso, como él era incapaz de hacer daño á nadie, he-

riale más en su generoso corazon aquella saña de los necios y ramplones escritorzueros, raza que nunca se extingue por desgracia.

Sus principales obras dramáticas son: *La verdad sospechosa*; *Las paredes oyen*; *Ganar amigos*, y *El Tejedor de Segovia*, joyas literarias de gran precio, que hacen inmortal en la escena española el nombre de D. Juan Ruiz de Alarcon, tan mal tratado de sus contemporáneos.

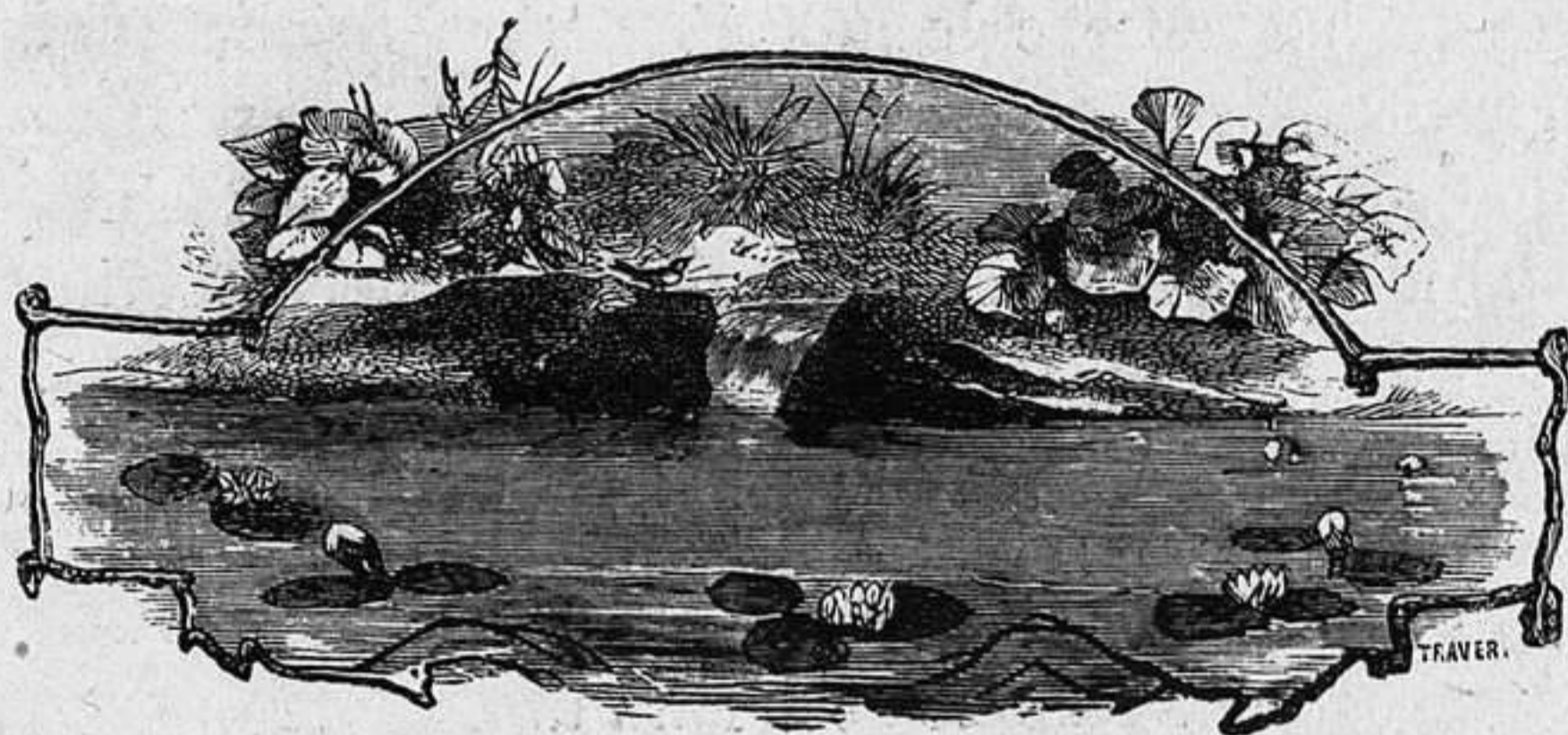
EL SUEÑO DEL LABRIEGO Y DEL MONARCA

(FÁBULA)

Un labriego dormía,
Y que era rey en su dormir soñaba,
Y era tal la alegría
Que sueño tal le daba,
Que el más feliz del mundo se juzgaba.
Con plácido sosiego
Soñaba cierto rey el mismo día
Que era un simple labriego,

Y era tal su alegría,
Que el más feliz del mundo se creía.
Al despertar los tales,
Dijeron ambos: «¡Engañoso ensueño!»
¿Por qué han de ser reales
Las penas en su ceño,
Y la dicha y placer tan sólo un sueño?»

M. A. PRÍNCIPE.



LA ABEJA Y LA AVISPA

¿Qué diferencia habeis observado, mis queridos niños, entre ese zumbon himenóptero que se llama abeja y ese diplóptero que llamamos avispa?

Quizá la primera os ha causado más temor; quizá os ha parecido menos bella que la segunda: pero viendo á las dos extraer miel del cáliz de las flores y ansiar el jugo de la fruta madura, creereis que sus aspiraciones son idénticas, que son iguales sus costumbres. Mas no es así: observad con cuidado, y vereis cuán fácilmente engañan las apariencias.

La abeja, al mismo tiempo que cria y preserva de todo peligro los huevecillos que contienen á sus descendientes, fabrica la miel tan apetecida de nosotros, y es útil á sí misma y á los demas: al despuntar la aurora sale de su habitacion, recorre los campos y los jardines; con sus prolongadas mandíbulas, que terminan en lengüetas huecas, chupa el néctar azucarado de las flores, y con las brochas ó limas cuadradas de sus patas traseras raspa el polvo de los estambres que existen en el centro de la flor; masticando despues este polvillo forma dos bolitas pequeñas que coloca en la parte cóncava de sus muslos, y así, cargada de

provisiones, vuelve á la colmena. Durante el buen tiempo, no cesan las abejas en sus trabajos de recoleccion, se ayudan unas á otras, y ya ocupadas en construir panales, ya dedicadas á traer provisiones á la colonia, todas desempeñan su oficio con orden y actividad, sin cansancio y sin envidia. Llega el invierno con su manto de nieve, llegan la lluvia y el huracan, y la abeja, resguardada dentro de su pequeño palacio, vive en la abundancia y se libra de los rigores del hambre y de la estacion. Justo premio de sus fatigas y de su laboriosidad.

¡Cuán diferente es la existencia de la avispa! Sus crueles costumbres y su propension á la rapiña la separan mucho de la industriosa y culta abeja. Las habitaciones de ésta son saqueadas muy á menudo por el avispon, que se harta de miel recogida por otros, y aún devora las nacientes larvas. Léjos de imitar á todos los seres precavidos, la avispa se deja dominar por la pereza y la glotonería: devora cuanto encuentra, no guarda nada para el invierno, y ni siquiera procura buscar abrigo para sí y para su familia. Así, desde el mes de Octubre la avispa empieza á devorar sus propias larvas, las

ninfas y gusanos que son cuerpo de su cuerpo, y cuando los frios llegan á su período más riguroso, mientras la abeja descansa tranquila y abrigada, la avispa suele morir de hambre, si no es víctima de los implacables hielos. Así castiga Dios sus vicios y sus crímenes.

Pues bien, lectores míos, en nuestra sociedad hay muchos hombres que se parecen á las avispas y muchos también parecidos á las abejas. Los unos, perezosos, indolentes y glotonos, devoran en breve sus recursos, y ántes de trabajar prefieren robar lo que otros han ganado trabajando: en vez de ayudar á la sociedad, la destruyen, y sólo causan perjuicio á sus semejantes. Su fin es prematuro, como el de la avispa, y la deshonra y la miseria constituyen su fúnebre cortejo.

Pero los otros, los trabajadores activos y honrados, encuentran al fin el premio de sus tareas, consiguen la estimación de los buenos y aguardan su última hora con la tranquilidad del justo.

Procurad y procuremos todos imitar

á los últimos y huir de los primeros: la naturaleza, que tantos sabios ejemplos nos ofrece en sus obras, enseña cosas que no se deben olvidar en la vida de la abeja y de la avispa. Esta, ociosa y egoísta, vive haciendo mal y muere malamente. Aquella, honrada y trabajadora, vive feliz y es útil al mundo. Para una y otra existe una mano equitativa que dá el castigo y el premio. Así, cuando el hombre encuentra á la abeja, la respeta y la ayuda; pero cuando encuentra á la avispa, la destruye.

Notad también, que, á primera vista, la abeja es fea, y la avispa sin duda es más bonita: pero debajo de aquel cuerpo parduzco y de aquellas patas velludas, hay un ser útil y bueno, mientras que debajo del hermoso manto amarillo de la avispa se oculta el crimen y la infamia.

Cuidad, pues, niños míos, de no juzgar nunca por las apariencias: que si bien un refrán castellano dice que *el rostro es espejo del alma*, otro refrán asegura que *el hábito no hace al monge*.

Z.

MISERERE

(VERSION LIBRE)

Ten piedad de mí, Señor,
Dios de paz y de concordia,
Por tu gran misericordia,
Por tu inextinguible amor.

Y según la infinidad
De tus clemencias sin cuento,
Con el poder de tu aliento
Borra al fin mi iniquidad,

Más y más lávame de ella
Pues contrito la deploro,
Y del pecado que lloro
Limpia la afrentosa huella.

Porque conozco turbado
Mi maldad que me contrista,
Y aún delante de mi vista
Tengo siempre mi pecado.

Contra ti pequé, no más,
Y el mal hice en tu presencia;
De modo que en tu sentencia
Justificado serás.

Ve, pues, tú que no te engañas,
Que el mal me sirvió de padre,
Y que en pecado mi madre
Me concibió en sus entrañas.

Ve que en tu clemencia pia
La verdad amar quisiste,
Y hondos arcanos me abriste
De tu gran sabiduría.

Rociarásme con hisopo
Y sin mancha quedaré;
Lavarásme, y brillaré
Más que de la nieve el copo.

Gozo y júbilo hallarán
Á tu acento mis oídos,
Y aunque humillados y heridos
Mis huesos exultarán.

Aparta por tus bondades
De mis pecados tu rostro;
Borra, pues á ti me postro,
Todas mis iniquidades.

Crea en mí, y á ti lo deba,
Corazon puro y perfecto;
Y espíritu justo y recto
En mis entrañas renueva.

No de tu faz, cuando mires,
Me arrojes deshecho en llanto,
Ni ese tu Espíritu Santo
De mí severo retires.

Vuélveme el gozo riente
Que dá tu amor con pureza,
Y otórgame la firmeza
De tu espíritu potente.

Á los iníquos así
Tus sendas enseñaré,

Y los impíos sin fe
Se convertirán á ti.

Librame, ¡oh, Dios Salvador!
De sangre que hollé con mengua,
Y pregonará mi lengua
Tu justicia, que es amor.

Señor, á santa enseñanza
Abrirás mis torpes labios,
Y mi boca, sin agravios,
Anunciará tu alabanza.

Mis sacrificios mejores,
Si lo quisieras, tendrías,
Pero, solos, no amarias
Holocaustos exteriores.

Del alma angustiada el grito
El sacrificio es que aprecias;
Nunca el corazon desprecias
Que está humillado y contrito.

Voluntad benigna ten
Con Sion que en tu amor arde,
Para que edifique y guarde
Sus muros Jerusalem.

Entonces aceptarás
Sacrificios de justicia,
Oblaciones sin malicia
Y holocaustos que amarás.

Y así entonces podrás ver
Sobre tu altar colocadas,
Víctimas inmaculadas
Que agradables te han de ser.

ANTONIO ARNAO.

GEOMETRÍA DE LOS NIÑOS

(CONTINUACION)

VIII.

LOS TRIÁNGULOS.

Dejamos á nuestro querido Carlitos muy contrariado ante el suceso que hacía asistir á su clase al papá de Rafael, juntamente con el buen tío de nuestros dos nuevos amiguitos.

Seguramente Carlos no hubiera por su gusto dado aquella tarde su acostumbrada explicacion; pero bien fuese por el temor de que creyesen *que tenía vergüenza* de explicar ante los dos ca-

balleros, ya porque se encontrase en un compromiso difícil de evadir, ello fué que se dirigió, como hemos ya visto, al cenador, y que tomó asiento en su sitio de costumbre.

Para mayor tormento de nuestro joven catedrático, los que habian venido á turbar la marcha tranquila y sosegada de la clase se sentaron á su lado, llegando con esto á tal extremo la turbacion de Carlitos, que no podia ni aún darse cuenta de lo que le pasaba.

¿Cómo podia él haberse figurado

nunca que pudiera alguien, que no fuesen sus amigos, escuchar sus explicaciones? El compromiso era grande y la situación apurada; pero nuestro amiguito cobró ánimo y se decidió á empezar su lección. Traía, como ya queda mencionado en el anterior artículo, muchas figuritas de madera, excitando con esto la curiosidad de todos, al ver á todo un profesor venir con tales cosas en los bolsillos.

Cada día eran más bonitos los objetos que presentaba nuestro amiguito el profesor: los de la tarde á que me refiero eran unas tablitas que no tenían más que tres lados, presentando otros tantos picos.

Nuestro querido profesor empezó al fin, si bien no era su voz, al dar principio á su lección, tan segura y reposada como las demás tardes en que con sin igual desenvoltura le habeis oído explicar.

—¿De qué creéis, dijo Carlos, que vamos á tratar esta tarde?

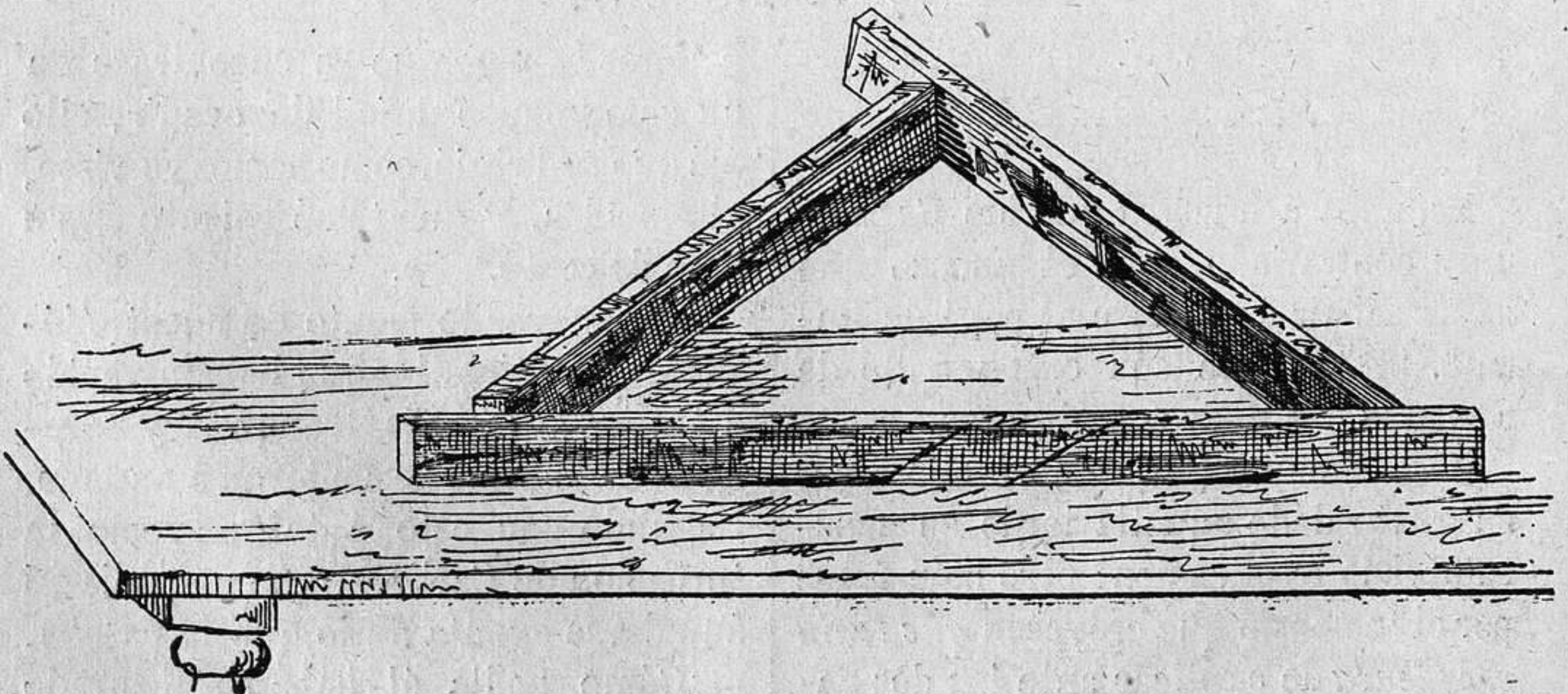
Pues vamos á hacerlo de la primera figura que tenemos, de la más fácil, puesto que es la que tiene menos número de lados. ¿Os acordáis de los ángulos?

Sí, seguramente, os acordareis. Ya sabéis que si bien quedaban cerrados por su vértice, no pasaba lo mismo por la parte opuesta. ¿Por qué era esto?

—¡Yo lo sé, yo lo sé! respondió Luisito, el ángulo no cierra porque es imposible cerrar un espacio con dos líneas rectas.

—Sí, así es seguramente, continuó Carlos, no podíamos cerrar este jardín con dos paredes porque siempre quedaría abierto por un lado: para cerrarlo se han necesitado cuatro, si bien pudiera haberse hecho con tres solamente. Mirad aquí; con estos palitos, que nos han servido para nuestras explicaciones de los ángulos, vamos á formar una figura cerrada. Empecemos con dos solamente: no podemos cerrarla, no forman más que un ángulo, que no puede cerrarse hasta que sus lados se confundan y formen una sola barrita: pongo el otro de modo que toque á los primeros por sus extremos que se separan; ved cómo queda cerrado el espacio comprendido entre los tres; hemos formado la primera y más sencilla figura.

Mirad bien; ved que es verdad lo que os digo.

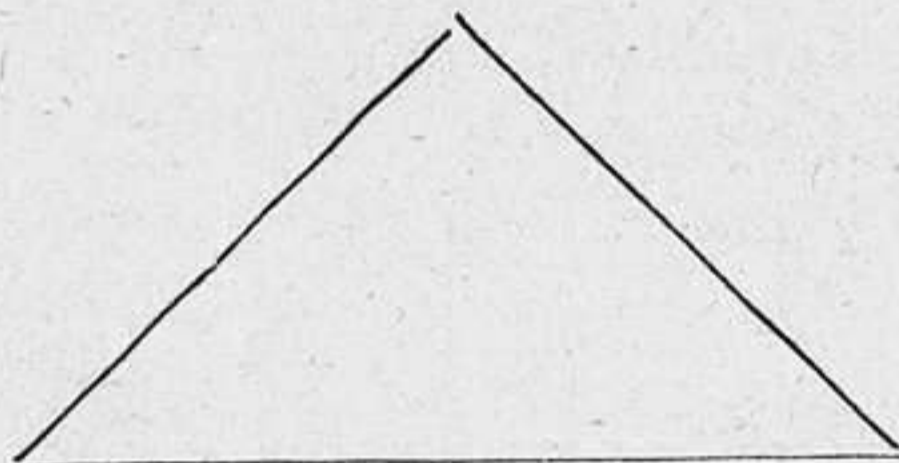


—Ese es un triángulo, exclamó Estéban, porque tiene la misma forma que uno que me compró mi papá en la última feria, y que me sirve para formar la orquesta acompañado de mis hermanitos. Yo también me acuerdo de que cuando vino al pueblo trajo la música, y entre los que tocaban vi un niño que llevaba un pequeño instrumento de acero, que sonaba muy bonitamente; era un triángulo. Desde entonces quise yo

uno, y mi padre me lo compró, porque fui bueno en la escuela. No obstante, no quiere que lo toque porque dice que le atolondro los oídos.

—Efectivamente, continuó nuestro joven profesor, esa figura que habeis visto formada por los tres palitos se llama *triángulo*.

Como con las barritas no pueden quedar bien los vértices de sus ángulos, voy á dibujarlo sobre la mesa; mirad:



Esta figura se distingue fácilmente: *tiene tres lados y tres ángulos*. Creo inútil manifestaros que se llama lados á las líneas que le forman, y que sus vértices son los de sus ángulos.

¿No es verdad que todos vosotros reconocereis, de hoy en adelante, esta figura con suma facilidad?

—Sí, sin tener duda alguna, respondieron todos; y por cierto, replicó Estéban, que me parece que de esto debes tener muy poco que decirnos.

—No lo creas, querido amigo, tengo muchas cosas que decirnos de los triángulos: lo primero es su division, y para que veas cuán equivocado estás, te diré que se hacen dos divisiones de la figura que tratamos: la primera de ellas es atendiendo solamente á las líneas que la forman, es decir, á sus lados; la segunda es atendiendo á sus ángulos.

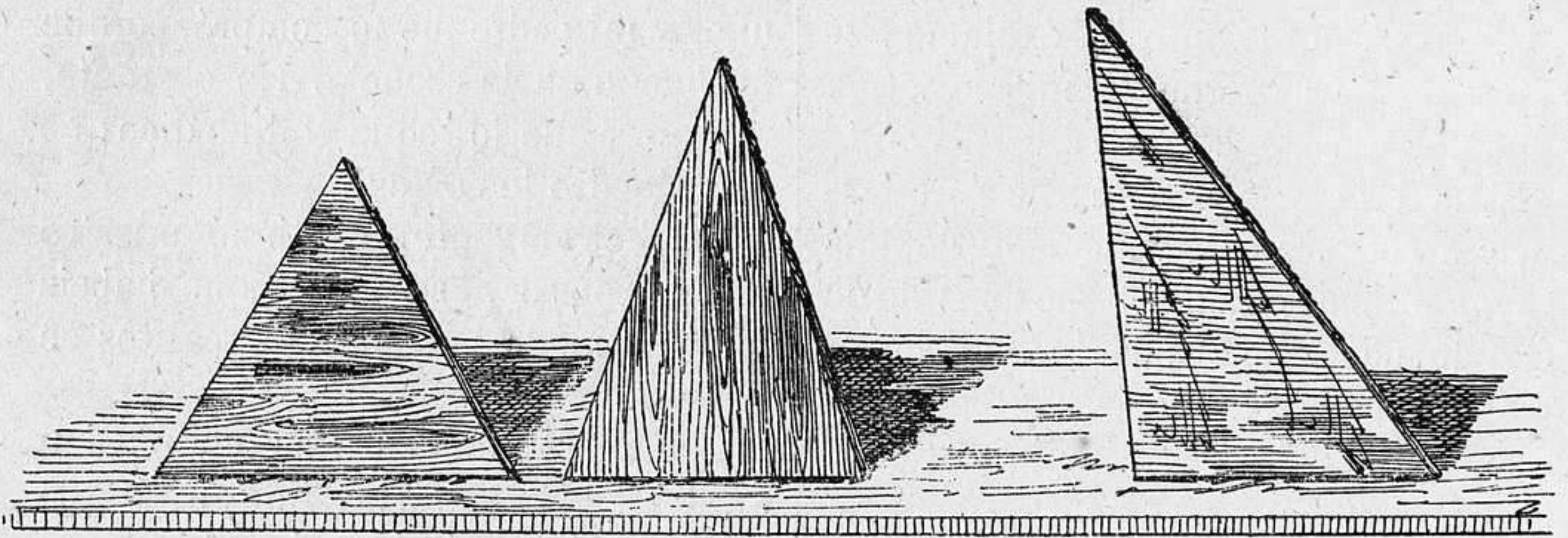
Trataremos ahora de la primera.

Considerando los lados de un triángulo, pueden suceder tres cosas:

- 1.º Que los tres lados sean iguales.
- 2.º Que lo sean dos solamente.
- 3.º Que ningun lado sea igual á los demas.

Por esto podemos comprender claramente que tendremos en la primera division tres clases de triángulos: el primero es aquel que tiene sus lados iguales y se llama *equilátero*; el segundo es el que tiene iguales lados nada más, se llama *isósceles*; el tercero no tiene ningun lado igual á otro: á éste se dá el nombre de *escaleno*. Acordaos bien de estas tres palabritas, ya que ellas expresan tan importante division de la más sencilla y fácil figura.

Aquí podreis ver las tres clases en estas figuritas de madera que os he traído y hecho expresamente; ved como indudablemente se diferencian:



El primero es el equilátero; el segundo es el que llamamos isósceles; el tercero, por último, es el escaleno.

D. Lucas, que sin duda recordaba sus buenos tiempos, cuando estudió geometría, quiso, como vulgarmente se dice, meterse en camisa de once varas, y así fué que tomó la palabra, y dijo á Carlitos:

—Has olvidado decir alguna cosa sobre los ángulos de estos triángulos que has considerado. ¿No recuerdas tú que *en todo triángulo á lados iguales se oponen ángulos iguales*?

—Sí, dijo mi amiguito; pero eso lo dejaba para despues. Sin embargo, ya diré á V. y á mis queridísimos compañeros, que en el triángulo equilátero no sólo son iguales los lados sino tambien los ángulos; en el isósceles resultan iguales los dos opuestos á los lados iguales; en el otro no hay dos que sean iguales entre sí.

—Muy bien, amigo Carlos, siento haberte hecho variar el plan que tendrías formado para tu explicacion sobre los triángulos; pero hoy he recordado la edad en que estudiaba, en que era niño como tú. Entónces, te lo confieso con franqueza, no sabía yo explicar eso como tú lo has hecho esta tarde.

—¿Le parece á V., amigo D. Lucas, dijo el papá de Rafael, que estos niños son dignos de que se les lleve á casa para que coman unas ricas frutas que he mandado coger á Pablo el jardinero?

—Sí; sin duda alguna son acreedores á ello.

—Pues entónces vamos al comedor y quede la leccion para mañana.

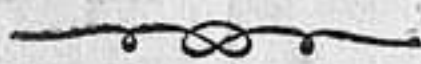
Los niños, locos de alegría, siguieron á los dos caballeros que llevaban á Carlos en medio; todos iban contentísimos al ver que la leccion acababa con una merienda de fruta.

Tambien vosotros, querriais participar de ella en compañía de vuestros amigos los estudiantes, ¿no es verdad, queridos niños?

Sí, así es, yo no puedo convidarós; ya podeis suponer que sería un abuso grandísimo llevaros á todos vosotros á casa del papá de Rafael; no habria fruta para todos ni sitio donde colocarnos. Nada; contentaos con que los jóvenes estudiantes se regalen solos, como tambien con que yo termine aquí por hoy. Voy á ver si alcanzo algo del festin de los geómetras.

Adios, niños queridos, hasta otro número.

E. THULLIER.



LA MEDALLA DE ORO

En el año de 186... existían en Madrid dos colegios de primera enseñanza, á cuyo frente se encontraban dos entendidos y bondadosos preceptores.

El primero de estos colegios se hallaba montado bajo los mejores elementos de útil y saludable enseñanza y condiciones higiénicas.

El segundo era una humilde escuela gratuita, montada y organizada por la Diputación provincial.

Además de tener ambas escuelas sus correspondientes maestros y pasantes, las dos eran dirigidas por un sabio y virtuoso sacerdote, llamado el padre Antonio de los Santos.

Las delicadas atenciones, útiles consejos, solícitos cuidados y cariñosas reconvenciones que el padre Santos (así era conocido) dirigía constantemente á sus tiernos discípulos, le habían ganado el íntimo afecto y las infantiles simpatías de los alumnos de entrambas escuelas.

El padre Santos, si bien era inexorable con los revoltosos y desaplicados, guardaba las mejores recompensas para aquellos niños que, bien por su constante aplicación ó por sus bellas cualidades, lograban distinguirse ante sus respectivos maestros.

Avanzaba el verano, y á los alumnos de ambas escuelas se les concedía un mes de vacaciones.

Con este motivo había dispuesto el padre Santos que tuvieran lugar tres días de exámenes, en los que todos los niños podían aspirar á los tres distintos premios, dispuestos de antemano para recompensar á los que con mejores títulos supieran merecerlos.

Entre los niños más aventajados del primer colegio, sobresalía uno llamado Carlos Acevedo.

La aplicación é inteligencia de este niño era reconocida y acatada por todos sus condiscípulos; y en este concepto se contemplaba distinguido y estimado por los preceptores, mereciendo la honra de que el padre Santos citara y ensalzara su nombre á cada instante.

Con estas excelentes condiciones de Carlos contrastaban notablemente las del alumno de la segunda escuela Isidro Fernandez, cuyo ánimo encogido y pobre entendimiento apuraban la paciencia de sus maestros, á quienes se esforzaba en complacer con toda su voluntad estudiando cuanto podía, que no era mucho, porque el pobre muchacho tenía que consagrar las horas de asueto á la ruda faena que sus padres le hacían emprender diariamente.

Carlos Acevedo pertenecía á una de las familias más distinguidas y mejor acomodadas de Madrid.

Los padres de Isidro tenían un puesto de frutas en la plazuela del Rastro.

Los premios debían adjudicarse empezando por el tercero, que consistía en útiles y escogidos libros lujosamente encuadernados.

El segundo se componía de dos elegantes y magníficas cajas de exquisitos dulces, y otras dos mucho más grandes, que encerraban los más entretenidos y primorosos juguetes.

Verificóse el primer examen, y Carlos Acevedo obtuvo la honra de que le fuera adjudicado el tercer premio, justamente merecido.

Llegó el segundo día de examen, y

el segundo premio fué asimismo destinado á los indisputables merecimientos de Cárlos.

Todos los niños de ambos colegios, poseidos de aquella digna emulacion propia del que tiene conciencia de su capacidad, se esforzaban en disputar la codiciada recompensa al invencible Cárlos; todos, excepto uno: Isidro Fernandez.

Este pobre muchacho contemplaba con la mayor indiferencia la reñida lucha empeñada por sus condiscípulos, considerándose incapaz de tomar parte en la competencia.

—¿Veis qué afortunado es Cárlos? decía uno de los niños; ya se ha llevado dos premios.

—Pero aún podemos aspirar al mejor, al primero. Veremos quién se lleva el primero.

—¡Toma! ¿Quién se le ha de llevar sino él?

—¡Y qué premio tan magnífico!

—Por eso mismo pondrá Cárlos todo su empeño en ganarle.

—Como que consiste en una gran medalla de oro.

—¡Digo! ¡Y Cárlos que es tan interesado!

Y era verdad, Cárlos tenía ese aborrecible defecto. Su condicion era fria y calculadora, y era en extremo interesado.

Todos esperaban con ansiedad el tercer exámen, acariciando cada cual la esperanza de ganar la medalla, en la que se habia de grabar el nombre del vencedor, nombre que ademas quedaria consignado en un cuadro para fijarle despues en el mejor sitio de la escuela.

Para mayor incentivo todavía, el pa-

dre Santos debia presidir aquel singular exámen, reservándose él sólo el derecho de adjudicar el premio.

De todos era conocida la estimable recompensa que iban á disputarse el tercer dia; pero ¿qué debian hacer para merecerla? Todos lo ignoraban, porque ese era el secreto del padre Santos.

Isidro Fernandez era, como queda dicho, hijo de un frutero de la plazuela del Rastro.

Apénas salia de la escuela, llegaba directamente al puesto de su padre, quien le hacía cargar con una cesta llena de fruta, que el pobre muchacho vendia, cruzando todas las calles de Madrid.

La tarde víspera del tercer dia de exámenes salió del puesto con una cesta de naranjas colgada del brazo.

Creyendo hallar una pronta salida á su hacienda, bajó directamente al Prado, para situarse cerca de la fuente de *las Cuatro estaciones*, en donde esperaba encontrar multitud de muchachos y de niñeras, constantes aficionados al género que vendia.

Dió 'al aire su pregon por la calle del Duque de Alba, plazuela del Progreso, calle de la Magdalena, plazuela de Anton Martin y calle de Atocha, con tan buena fortuna, que al llegar á las rejas del Botánico, habia logrado reunir poco más de una peseta.

—¡Vamos! pensó: esta noche no tendrá mi padre motivo de queja; y... ¿quién sabe? Puede que si despacho toda la cesta me dé para merendar un puñado de guindas y un buen pedazo de pan.

(Se continuará.)

EMILIO ALVAREZ.





MOZART

Uno de los más notables ejemplos de precocidad conocidos en el mundo, fué, sin duda, el insigne artista Juan Crisóstomo Amadeo Mozart, que nació en Salzburgo el 27 de Enero de 1756. Fué hijo de un músico de talento, y fué tan natural en él la afición al arte en que había de brillar como uno de los más grandes maestros, que á los tres años tocaba el clavicordio, á los cuatro ejecutaba primorosamente difícil música en el piano, á los cinco ya componía, y á los seis dió un concierto delante del emperador Francisco José, con asombro de la córte y de todos los músicos de Alemania y del mundo

entero. A los doce años compuso una ópera (*Finta*) por encargo del emperador de Alemania.

Numerosas son las obras de Mozart, y todas llevan impreso el sello del genio incomparable de su autor. No fué feliz, sin embargo, y aún sufrió privaciones, desaires y todo género de contrariedades.

El carácter del gran artista era sumamente triste; dejó de existir antes de cumplir los treinta y seis años, dejando en la pobreza á su familia, y un nombre gloriosísimo en la historia de la música. Su última obra fué el famoso *Requiem de Mozart*.



LA CIENCIA EN LA MANO

CLARAS Y CONCISAS PREGUNTAS Y RESPUESTAS

QUE EXPLICAN LOS FENÓMENOS DE TODOS LOS DIAS

Nociones y conocimientos útiles y recreativos para la infancia y la juventud

De las auroras eléctricas.

—*¿Qué es la aurora eléctrica?*—Una claridad ó nube luminosa que se manifiesta algunas veces en el cielo, hácia el Norte ó hácia el Sur, cerca de los polos magnéticos Norte y Sur de la tierra, es decir, cerca de los puntos hácia los cuales se dirige la punta de la aguja imantada, ó brújula, en los dos hemisferios. La aurora eléctrica se llama *aurora boreal* cuando aparece hácia el Norte, *aurora austral* cuando aparece hácia el Sur: estas dos auroras son á veces simultáneas.

—*¿Bajo qué aspectos diferentes se presentan las auroras eléctricas?*—Bajo dos aspectos: el de *arco* y el de *rayos*.

—*¿Cuál es el aspecto de la aurora eléctrica cuando se manifiesta en forma de arco?*—El arco, separado del horizonte por un segmento de un matiz muy subido, es de un *blanco brillante*, que algunas veces se convierte en *azulado* ó *amarillento* matizado de *verde*; su borde inferior se dibuja claramente; su borde superior se confunde con el resplandor que ilumina el cielo.

—*¿Cuál es el aspecto de la aurora eléctrica cuando se manifiesta en forma de grandes rayos?*—Los rayos son blancos, y suben del horizonte hácia el zenit en forma de grandes cortinas resplandecientes que parecen agitadas por el viento.

—*¿Cuál es la causa de las auroras eléctricas?*—Se cree que la aurora boreal ó austral es esencialmente una manifestacion eléctrica del magnetismo terrestre; una especie de tempestad magnética. Este fenómeno, sin embargo, está léjos de haber sido claramente explicado. Várias causas secundarias pueden concurrir á su formacion y modificarlo.

—*¿Cuál es la causa de los diversos colores de las auroras eléctricas?*—La diversa densidad y el diferente estado higrométrico de las capas de atmósfera á traves de los cuales pasa su luz suficiente á darle variados aspectos.

—*¿Qué ruido acompaña á las auroras magnéticas?*—Algunos observadores han creído oír, durante las auroras boreales, ciertos ruidos como murmullo, crujido ó silbido, pero lo probable es que estos ruidos no existan, y que la aurora boreal sea silenciosa.

—*¿Cómo se sabe que las auroras son un fenómeno eléctrico producido por el magnetismo terrestre?*—Porque ejercen una gran influencia sobre la aguja imantada y la desvian de su direccion habitual, porque hay una relacion exacta entre las apariciones de las auroras magnéticas y las variaciones de intensidad del magnetismo terrestre, y porque las apariciones periódicas *máxima* y *mínima* de las auroras cor-

responden á la *máxima* y *mínima* periódicas de la intensidad del magnetismo. Arago, observando la agitación de la aguja imantada en el interior del Observatorio de París, ha podido anunciar que tal día y á tal hora se habían manifestado auroras magnéticas en el hemisferio Norte. En fin, las auroras obran visiblemente sobre las corrientes de la telegrafía eléctrica y turban las comunicaciones. Por lo demás, en todos estos fenómenos de la naturaleza, el secreto principal pertenece á Dios, al Supremo autor del Universo, y el hombre es demasiado pequeño para penetrarlo.

El rayo.—El relámpago.

—*¿Qué es el rayo?*—Es una descarga eléctrica entre dos nubes ó entre una nube y la tierra. La descarga se verifica de la nube ó del cuerpo electrizado positivamente á la nube ó al cuerpo electrizado negativamente.

—*¿Cuántas especies hay de rayos?*—El rayo, ó descarga eléctrica, es uno; pero puede ser descendente ó ascendente, en el caso de que se verifique entre la tierra y una nube, según que venga de la nube á la tierra ó vaya de la tierra á la nube.

—*¿Qué es el relámpago?*—Es la luz ó el fenómeno luminoso que acompaña al rayo ó descarga de electricidad atmosférica.

—*¿Qué es el trueno?*—El trueno es el ruido ó el fenómeno acústico que acompaña al rayo.

—*¿Qué es la tormenta?*—Una tempestad eléctrica, una perturbación más ó menos violenta del estado eléctrico de la atmósfera que se manifiesta por los fenómenos que se acaban de definir: el rayo y el trueno.

—*¿Cuáles son las causas de la electricidad atmosférica?*—Los cambios de estado de los cuerpos, la evaporación, el choque mútuo de los vientos, de las aguas y de la tierra; las combinaciones y las descomposiciones químicas que sobrevienen en la naturaleza; la vegetación de las plantas que en el acto de la respiración despiden oxígeno electrizado. Cuando el cielo está sereno, esta electricidad no es, generalmente, sensible más que en los electros copos; acumulándose en el seno de las nubes, es como la electricidad atmosférica produce la tormenta.

—*¿Por qué caracteres se distinguen las nubes de tormenta?*—Se advierte en ellas una especie de fermentación interior, se las ve hincharse, presentando contornos curvilíneos bruscos, y obrando sobre otras pequeñas nubes blancas, imprimiéndolas movimientos diversos.

—*¿A qué altura de la tierra se encuentran las nubes eléctricas?*—A todas las alturas de 30 á 10.000 metros y más.

—*¿Cómo se ha encontrado la identidad de la electricidad y del rayo?*—El abate Nollet fué el primero que claramente enunció la posibilidad de esa identidad ó de la naturaleza eléctrica del rayo. Franklin fué el primero que propuso extraer electricidad de las nubes tormentosas con ayuda de una punta unida á la tierra por un hilo conductor. La experiencia se hizo por medio de una barra de hierro de 40 piés de altura, aislada y terminada en punta; electrizada por una nube tormentosa, aquella barra despidió durante un cuarto de hora abundantes chispas eléctricas.

—*¿Cuándo es el relámpago simple y rectilíneo?*—Cuando la distancia que

recorre la descarga eléctrica es muy pequeña, y por tanto no puede aquel desviarse, ó cuando sus *zis zas* son tan numerosos y estrechos que la vista no los puede distinguir.

—¿Por qué el relámpago se bifurca

algunas veces en su extremidad?—Porque la descarga eléctrica se divide entre dos ó más objetos ó toma dos caminos diferentes igualmente conductores.

(Se continuará.)



Contemplad, queridos lectores, la escena que el artista ha dibujado en esta lámina.

Una pobre mujer vuelve del bosque de coger un haz de ramas secas, acompañada de su hijo, pobre niño, descalcito, miserable, que la ayuda en su trabajo.

Esos pobres seres, ganan entre los dos seis ú ocho cuartos al dia, y esa es toda su fortuna, con eso viven.

Pero la madre es buena y no se queja de su suerte ni deja de tener confianza en Dios. Por su hijo siente no tener fortuna; para ella no la necesita; el niño tambien es bueno é inteligente, y quiere mucho á su madre, y cuando ve otros niños bien vestidos, no les envidia, no les aborrece, porque su madre le dice: «--Sé bueno, hijo mio, quiere á todos los niños pobres ó ricos, que así ellos te querrán tambien, y algun dia te protegerán los que tengan facultades para hacerlo, como se lo pido á Dios de todo corazon.»

Niños, cuando veais algun niño pobre, descalcito, miserable, como ese, no huyais de él; al contrario, llegaos á él, habladle con amor y dadle lo que podais. Es vuestro hermano.